

## LAS LEYES DE NEWTON

"Y de repente no quedaba ni una viva, y probablemente fue lo mejor que les podría haber pasado"

Esta historia comienza con mi nombre, y el de Newton.

Me llamo Alondra, y no pongáis esa cara. Viene de un pajarito que pía la mar de bien. No sé en qué estarían pensando mis padres cuando me pusieron el nombre pero me ha terminado encantando. No he adquirido el don de cantar como ellos, lo que sí tengo es un amor por estos pequeños que me ha obligado a querer dedicar mi vida a su cuidado y el del resto de sus compañeros de fauna.

¿Y qué tiene que ver todo esto con Newton?

Pues parecerá que nada, pero en realidad todo. Y sí, no estoy loca, estoy hablando de Newton, ese tipo al que le cayó la manzana en la cabeza y de repente revolucionó el mundo, y poco más sé de él.

Pues bien, hubo un día en el que alguien me dijo que las leyes físicas formuladas por este hombre servían para entender mejor el mundo, y no sólo de la forma en la que se refieren los físicos. Esta persona no la conozco bien, por no decir nada. Ni siquiera sé si existe en realidad. Lo que sí sé bien es que sin esa frase, el momento más triste de mi vida se hubiera quedado en simplemente eso.

Así que gracias, quienquiera que seas, dondequiera que estés.

Y de repente me desperté, sonaba el despertador, comenzaba mi día. Y por si no tuviera suficiente, mis padres ya bocinaban para que pusiera los pies en tierra.

-50 tazas de café, por favor.

-No te da tiempo ni a una. Vas a perder el autobús.

Mi cara no cambió ni un ápice. Era sábado. Y para quien no lo recuerde, como mis padres, el sábado no hay clases, no hay autobús que valga.

-Tus jornadas, Alondra. No me digas que te habías olvidado...

Obviamente me había olvidado. Salí corriendo de la cocina para vestirme y marchar lo más rápido posible. Llegué a tiempo. El autobús que tenía que recogernos a mí y al resto de gente de las jornadas seguía en la parada.

Las jornadas eran en realidad las "Jornadas autonómicas para el conocimiento del empleo", pero el nombre era tan largo que no era capaz de retenerlo en mi cabeza ni tres segundos. Simplemente debíamos escoger varios empleos en los que estuviéramos interesados, para visitarlos y conocer más acerca de ellos. Yo escogí los relacionados con veterinaria: la clínica, a la que ya asistí el fin de semana pasado, y la producción animal, que era hoy.

Por fin llegamos. El lugar era tal y como me lo esperaba. Campo, campo y más campo. A lo lejos se apreciaban naves gigantes. No parecía nada de otro mundo, pero tenía que aprender de la profesión. Lo pareciese o no, ahí había animales, y eso era mi futuro.

Nos dieron una charla, y para ser sincera mi cabeza se apagó en el minuto uno. No paraba de mirar las naves, estaba ansiosa por entrar ya en el recinto, acariciar a los animales, ver cada esquina de ese enorme lugar.

Por fin nos liberaron los oídos del interminable monólogo de la granjera. Llegaba el momento divertido, ya pasábamos a la acción. Nos dieron una especie de mono de plástico para entrar a las naves. Ninguno protestó a pesar de lo horrible que era, a pesar de que pareciese que estaban a punto de envasarnos al vacío.

Ya estábamos listos, nuestra visita comenzaba. Los demás parecían indistintos. Yo en cambio, tenía una emoción que relucía en un radio de 100 metros. Conforme caminábamos y nos acercábamos a las naves iba aumentando el olor a granja.

Por fin entramos, estaba bastante oscuro para ser pleno día. Las ventanas estaban tapadas, todo lo que había era luz artificial. El olor era insoportable, era como inspirar ácido. Me picaba la nariz, y este picor se continuaba por todas mis vías respiratorias. Se notaba como todos estábamos acalorados nada más entrar. La ventilación se veía pésima.

Comenzamos a avanzar por el primer pasillo. Todo eran jaulas perfectamente apiladas unas encima de otras. Unas seis gallinas por jaula luchaban por vivir y poder moverse dentro de esas dimensiones tan diminutas. Se les notaba agobiadas, picoteándose entre ellas para poder beber y comer entre empujones. Su canto se había convertido en chillidos. La sala estaba inundada de sufrimiento.

De repente caí.

Habían nacido, y ni cumplido el día de vida ya estaban encerradas en esas jaulas con las demás gallinas, con las que convivirían hasta su muerte. Su vida estaba basada en no poder moverse, y poner huevos todos los días de su vida hasta que un día sin más, serían llevadas de un modo asfixiante a una muerte segura.

Nunca habían visto la luz del sol, ni por un segundo. Nunca habían paseado por el campo, no sabían lo que era respirar aire puro, y mucho menos habían empollado un huevo hasta convertirse en su pollito.

De repente pensé en el resto de animales del mundo, sin poder ver la luz del sol, sin poder vivir nunca la vida que se merecían. Y así era, la mayoría estaba en esas pésimas condiciones y yo nunca había abierto los ojos a esa realidad. Muchas vacas nunca podrán ver a sus bebés para que yo tenga mi vaso de leche todas las mañanas. Las cerdas estarán obligadas a parir sin descanso hasta el día de su muerte para que yo pueda disfrutar de la carne de sus pequeños lechones.

Y por un momento tuve una visión. La visión más horrible de todas. Mi familia. Tener la bendición de nacer para nunca poder ver a mi madre, ni abrazarla ni besarla, ni una sola vez. Ver a toda mi familia encerrada en jaulas durante toda la vida.

¿Era eso a lo que quería contribuir el resto de mi vida? ¿No iba a ser yo la mejor veterinaria del mundo?

Sólo era una más en el negocio que acababa de descubrir.

Me empecé a marear. Los chillidos, el calor y el olor estaban siendo excesivos. Salí por mi cuenta de la primera nave. Más que salir, huí del lugar. Eso era un infierno hecho realidad. Anduve por un camino que no nos habían enseñado hasta ahora. Encontré una gran piedra y me senté. Nada más descansar mi cuerpo las lágrimas brotaron. No cesaban, ni sabía si algún día cesarían. Mis sueños se habían roto en cuestión de pocos minutos. Mis ilusiones de cuidar a los animales el resto de mi vida había desaparecido. Si sólo me dejaban cuidar a aquellos que van a una clínica a curarse patitas nada de esto tenía sentido. Todos tenían derecho a disfrutar de paseos por el campo, a despertarse con un amanecer de infinitos colores, a tener bocanadas de aire fresco antes de cada siesta.

Y se sentó a mi lado, y como ya os dije no tenía ni idea de quién era. Nunca había visto a ese hombre, y nunca más lo volví a ver en toda mi vida. Y como si supiese que me iba a escuchar cada palabra, comencé a hablar.

-Mi ilusión estaba puesta en todo lo que iba a hacer hoy, nada podía salir mal, ¡nada debía salir mal! Se llevaron a la mitad en el camión, les vi. Y de repente no quedaba ni una viva, y probablemente fue lo mejor que les podría haber pasado. No se merecían esa vida, si se ha podido considerar vida en algún momento.

-¿Conoces a Newton?- Me dijo después de un gran silencio- ¡El científico, mujer!

Yo asentí sin entender por qué me dijo eso, mientras tanto froté mis ojos para intentar cesar las lagrimas.

-Es un tío sabio eh. No te creas que era uno cualquiera.- Se levantó y me miró a los ojos- Tercera ley de Newton: Siempre que un objeto ejerce una fuerza sobre un segundo objeto, el segundo objeto ejerce una fuerza de igual magnitud y dirección opuesta sobre el primero.

-¿Y eso qué tiene que ver con todo esto?

Se había vuelto loco, pensé. No sabía ni de lo que estaba hablando.

-¿No ha ejercido una fuerza sobre ti lo que has visto allí dentro? ¡Solúcionalo! Ejerce tú una fuerza sobre el mundo. ¡Empújalo en sentido contrario! Las personas nos creemos que las cosas tienen que chocar contra nosotros, y debemos quedarnos quietos, sin reaccionar. De eso nada. si algo te preocupa, te molesta, te enfada, te hace rabiar, ¡choca contra él! Ley de acción y reacción.

Me quedé un tiempo pensativa, dándole vueltas a lo que me había dicho ese hombre. En realidad no sé si fueron segundos, minutos u horas. Pero cambió mi vida.

-¡Claro!- Dije mientras me levantaba de un salto.

Pero ya no estaba allí. Se había esfumado. No le había escuchado alejarse.

Cuando llegué al punto de partida todos me estaban esperando dentro del autobús. Subí decidida y volví a casa. Allí le expliqué a mi familia lo que me había pasado.

-No me han hundido, me han llenado de ganas de seguir adelante. Ver como "no viven" seres vivos me ha llenado de ganas de luchar, de chocar contra ellos, y hacer que tengan una vida digna.

Y así fue. Al año siguiente fui aceptada para estudiar veterinaria. A los 5 años me especialicé en bienestar animal, y lucho cada día para que esos animales vean la luz del sol. Nunca incité a nadie a que no comiera carne, pero sí les conciencí de la necesidad de una vida digna para cada animal, sea de la especie que sea.

Actualmente me dedico a la proposición de leyes a favor del bienestar animal, y la revisión de su cumplimiento en granjas.

Tuve que agradecer millones de veces al destino que ese hombre me enseñase la verdadera historia de las leyes de Newton. Cada problema que se presentaba en mi vida se solucionaba con la acción y reacción. Chocaba contra cada uno de ellos, y con todas mis fuerzas ejercía una fuerza proporcional a la de mis problemas.

La vivencia positiva de mi vida comenzó como algo absolutamente negativo. Pero ese día no me di por vencida. Recordaré toda mi vida cada lágrima que derramé, que me ha supuesto estar donde estoy, porque como bien dijo Sócrates "el conocimiento te hará libre". Y no hay nada más digno que la libertad.

PAU